

# UN PRESIDENTE A LA AMERICANA

**H**A llegado el tiempo de los tecnócratas virtuosos y las almas caritativas. Ellos marcarán con su sello propio al Régimen. No les gusta el dinero, pero lo respetan. Desconfían de los capitalistas y, sin embargo, creen en las virtudes del capitalismo. Tenían menos de treinta años bajo Mendès-France, menos de treinta y cinco cuando Kennedy; sobrevive en ellos la ambición de reconciliar un día personalmente a todas las clases sociales, todas (o casi todas) las tendencias políticas dentro de una gran empresa de «rejuvenecimiento» que ataca frontalmente las esclerosis y los bloqueos y recoge los desafíos de una nueva época histórica.

Tal es al menos la imagen que de sí mismo desea ofrecer el Régimen giscardiano. De hecho, no le queda otra alternativa: para conservarlo todo es preciso cambiar muchas cosas. Para impedir el choque frontal con una clase obrera cada vez más politizada y con esa mitad del pueblo que ha rechazado la plutocracia es preciso despolitizar los problemas y conceder al Estado, al menos formalmente, una posición de árbitro por encima por encima de las clases y de sus intereses directos. Tal ha sido siempre la ideología de los tecnócratas y los centristas. Helos ya al pie de la obra.

El retraso que atenaza a la sociedad francesa por culpa de quince años de conservadurismo a ultranza facilita, al tiempo que da mayor carácter de urgencia, a la tarea reformista del neocapitalismo. En ningún país «avanzado» son tan graves las desigualdades sociales, es tan duro el Fisco para los pobres y tan benévolo con los ricos; en ningún país «desarrollado» es tan gravoso el peso de los consumos improductivos, tan paralizante la presencia de los aparatos del Estado (Administración Central, Policía); en ninguno está tan centralizado y es tan autoritario el poder central, está tan falto de protección el derecho de los trabajadores y es tan alta la arbitrariedad de los patronos.

## La carrera en tropel hacia la izquierda

Ninguna de esas tendencias benefician a un capitalismo moderno. La burguesía no puede conservar su poder y sus privilegios más que escamoteándolos hábilmente. Mayo del 68 sirvió de alarma para la burguesía, que aho-

ra, después del «mayo electoral» de 1974, no tendrá más remedio que admitir la nueva situación. Creer que la derecha francesa sigue siendo la más torpe del mundo y que el Régimen giscardiano no podrá ni querrá llevar a cabo reformas en todos esos planos, equivale a exponerse a que las que ya prepara Giscard le pillen a uno por sorpresa. Al nuevo Presidente le interesa actuar rápidamente, sorprender al mismo tiempo a partidarios y oponentes, antes de que los primeros se hayan recuperado de su miedo y antes de que los segundos consigan pasar al ataque.

En el plano ideológico y verbal resulta ya sensible la preocupación por actuar con rapidez y energía. La derecha clásica ha

desaparecido de la escena como por encantamiento. La UDR y los giscardianos juegan a quién será más izquierdista. La UDR ha abierto el fuego lanzando a Giscard por boca de Chalandon un desafío bien calibrado: «Los franceses esperan que los privilegios cedan ante la justicia; el autoritarismo, ante el libre debate; esperan que disminuya el consumo desenfrenado y frustrante en beneficio de la calidad del trabajo y de la vida. Los esfuerzos necesarios deberán realizarlos no sólo una minoría privilegiada, sino la totalidad de las clases acomodadas e incluso las clases medias». Sus «sacrificios deberán ser tanto más onerosos» cuanto que será necesario mejorar rápidamente «el nivel de vida de los menos

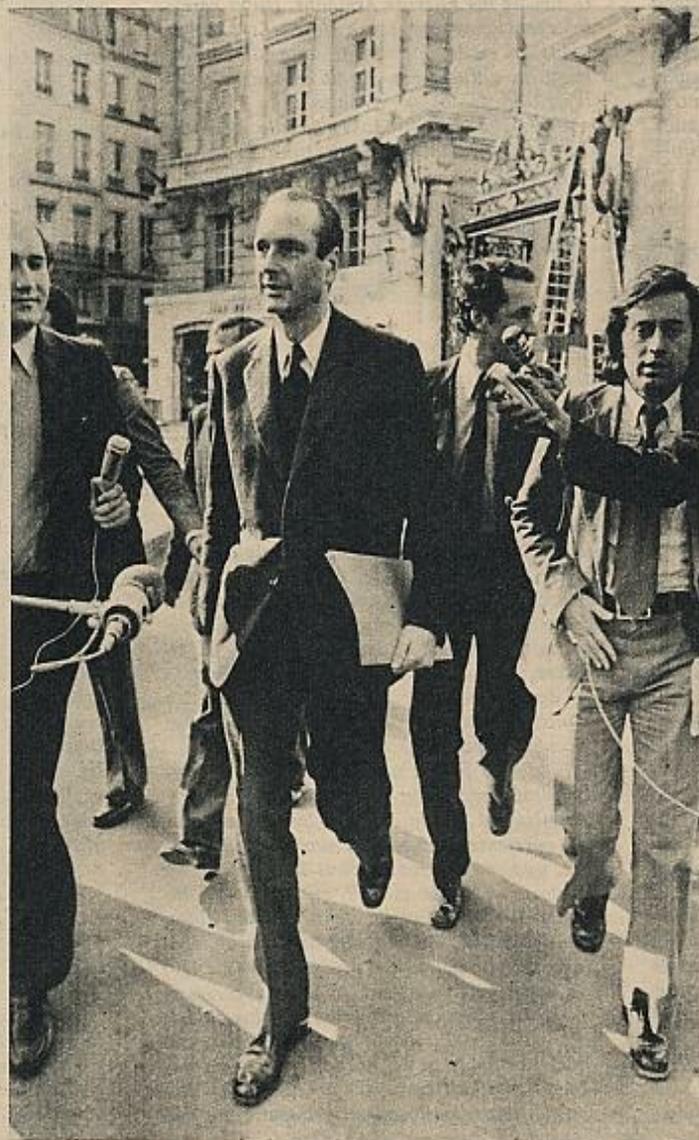
favorecidos». Y concluyó Chalandon: «¿Podrá hacer frente Valéry Giscard d'Estaing a la coalición de los privilegiados que le han llevado al poder? Creo que sí (...). Tendrá que orientarse hacia la izquierda».

¿Ha podido Giscard recoger el guante que le lanzó la UDR? Escuchemos: «Un número creciente de franceses rechazan el estado de trabajador dependiente y de ciudadano pasivo... Buscan compartir la dignidad y el poder... Habrá que reconsiderar las actuales fórmulas de mando, la autoridad deberá dejar paso poco a poco a la convicción y a la aptitud... Ocurre con demasiada frecuencia que el poder de los "acomodados" y de las oligarquías se opone con todas sus fuerzas a la república de los ciudadanos».

¿Quién es el autor de este discurso? Chirac las dirigió a los patronos en su discurso de investidura. Y dirigiéndose a la Administración Pública, añadió el primer ministro: «No es tolerable que el individuo se vea encerrado en un "ghetto" de formularios apremiantes e ininteligibles que desarrollen en él reflejos de culpabilidad y de rechazo».

Bonitas palabras, votos piadosos. ¿Iba a dar el Gobierno, con motivo de la ley de amnistía, pruebas de su sinceridad amnistiando, por una vez, a los obreros que violaron colectivamente la ley con sus huelgas, y no, en cambio, a los patronos que despidieron abusivamente a los militantes obreros? ¿Amnistiando por una vez a los insumisos, a los objetores de conciencia, a los escolares despedidos de sus escuelas, pero no a los que engañan al Fisco? ¿Reduciría a dieciocho —y no a diecinueve— la edad mínima para votar?

Nada le obligaba a hacerlo. Y, sin embargo, es lo que ha hecho. ¿Por simple demagogia? ¿Para causar buena impresión, para seducir? Pero, ¿seducir a quién? ¿Quién hay que se preocupe de los militantes antimilitaristas? ¿Quién hay que mueva un dedo por los detenidos en las cárceles, los trabajadores inmigrados, los excluidos de la «sociedad opulenta»? ¿Quién que se preocupe de la educación pre-escolar? En ningún momento han figurado en el centro de la campaña electoral los antimilitaristas, los inmigrados, los excluidos, los educadores pre-escolares (los que en tan poca estima tienen los sindicatos de la enseñanza). Son éstas todas cuestiones que interesan a los «iz-



Chirac se ha mostrado dialogante con las centrales obreras.



¿Intenta Giscard prevenir el auge del izquierdismo que le predijera Duverger?

## ¿Que la derecha francesa ya no es la más torpe del mundo? Tanto mejor

quierdistas» mucho más que la izquierda tradicional. Al crear una Secretaría de Estado para cada uno de estos asuntos, el Gobierno —sensible a ese fenómeno de «impregnación»— parece como si tratase de contentar a los «izquierdistas contraculturales» más aún que a los electores de izquierda.

### Tolerar los extremos

¿Con qué fin? Giscard, que pasa por ser un frío calculador, ¿trataría acaso de prevenir ese auge del izquierdismo que ya le predijera Maurice Duverger? ¿O trata únicamente de impresionar por la altura e independencia de sus miras? No. La ambición de Giscard es mucho mayor: este liberal quiere hacer de Francia una sociedad más «americana», permisiva y porosa. Una sociedad que toleraría los extremos —la pornografía lo mismo que las ligas de virtud; la contestación fascista tanto como la izquierdista— con la vicción de que se neutralizarían mutuamente por la razón misma de su proliferación. Una sociedad cuyas instituciones y «agencias» especializadas harían un hueco para las ideas subversivas y ofrecerían a los extremis-

tas la posibilidad de operar dentro del sistema, en cuyo marco, incluso reducido a una dimensión simbólica, su acción podría contribuir más eficazmente a desmontar la subversión que las presiones de un Marcellin (\*). Una sociedad flexible en cuanto al poder, comprensiva, dispuesta a todo diálogo, que jamás se enfrenta a sus adversarios, sino que prefiere ganárselos a base de concesiones parciales y de su maniobra buena voluntad.

Tal es la técnica americana del poder, en la que Giscard parece haberse inspirado. Esa política supone la liberación, la descentralización y una reducción del intervencionismo estatal en todos los sectores (información, equipamiento, educación, regiones) en que tal intervención no es indispensable. Supone al mismo tiempo una política económica y social que conjure la amenaza de las grandes ofensivas obreras.

Ahora bien, en lo relativo a este último punto el Gobierno ha conseguido coger por sorpresa a sus adversarios. El mismo día en que anunciaba su «plan de saneamiento», Chirac recibía a los dirigentes de las centrales obreras, con los que se mostraba mucho más

(\*). Ministro de Gobernación bajo Pompidou.

comprensivo y abierto de lo que ellos se habían esperado. El primer ministro se declaró dispuesto a negociar en los cuatro meses siguientes los puntos presentados por los sindicalistas: puntos relacionados con asuntos tales como despidos, derechos y estatuto de los jóvenes (trabajadores o parados), duración de la jornada de trabajo, condiciones laborales, reforma empresarial, derechos sindicales, jubilación, índice del coste de vida, etcétera.

El propio «plan de saneamiento» ha sorprendido a los dirigentes sindicales por su habilidad: no se presta a críticas fáciles. «No se puede hablar de medidas antiobreras y antipopulares», decía un dirigente de la CFDT. En efecto, el agravamiento del impuesto sólo afectará al 11 por 100 de los asalariados, los que más ganan, mientras que el 89 por 100 restante quedará a salvo. El precio de la gasolina, elevado en cinco céntimos, sigue siendo inferior, en francos constantes, al que regía en 1959. Además, por vez primera desde el advenimiento de la República, el Fisco va a hacer su punción suplementaria más importante (6.000 millones de francos de un total de 9.000 millones) tomando como blanco no los ingresos familiares, sino los

beneficios de las sociedades. Por vez primera también, el Fisco disuadirá a las empresas de realizar mayores inversiones.

### Restringir, seleccionar, planificar

Este plan no bastará para realizar los objetivos que se fija el Gobierno. No es suficientemente dramático para provocar un sobresalto de energía o de cólera. En otoño, el Gobierno deberá tomar una nueva serie de medidas anti-inflacionistas. El plan marca, sin embargo, un giro importante en materia de política económica: como si registrase el final de un largo período de crecimiento, el Estado deja de sostener la inflación, de favorecer la autofinanciación de las inversiones, de fomentar la obtención de beneficios. Admite implícitamente que el crecimiento impone a la sociedad costes más elevados que los beneficios que engendra: gastos en materia energética, en los sectores de las comunicaciones, del urbanismo, del medio ambiente, de la investigación-desarrollo, la formación, etcétera. En una palabra: el rendimiento de las inversiones de crecimiento tiende a volverse negativo. En adelante será, pues, preciso restringir, seleccionar, planificar esas inversiones.

El único modo de conseguirlo es poner a las empresas en la imposibilidad de invertir (y crecer) a su aire: las punciones fiscales se lo impedirán. Tras lo cual el Estado ayudará a aquellas cuyo crecimiento se considere necesario para la realización de las prioridades nacionales.

Importantes gravámenes sobre los beneficios de las empresas, redistribución planificada y selectiva de los recursos de inversión, reorientación de la actividad económica en un capitalismo en fase de estancamiento: tales son las principales características de la nueva política económica giscardiana, que representan otros tantos empréstitos del capital de ideas de la izquierda. Por eso el patronato ha acogido el «plan de saneamiento» con cierto estupor.

No hay por qué quejarse. La izquierda francesa ha tenido que soportar hasta ahora a «la derecha más torpe del mundo». Que esta derecha gane en habilidad e inteligencia sólo puede animar a sus adversarios a renovar su reflexión y radicalizar sus temas de combate. ■ MICHEL BOSQUET.